

Sin gafas de vidrio color rosa en los ojos: la España negra de José Gutiérrez Solana

Ana Rodríguez Fischer

«Siendo torpe de mollera como es uno, si alguna vez he escrito ha sido por entretenerme», respondía el pintor José Gutiérrez Solana a la pregunta sobre esa otra faceta de su creación, menos esporádica de lo que se piensa y lo bastante sorprendente como para haber llamado la atención de escritores de distintas generaciones: desde Azorín, Díez-Canedo, Ramón Gómez de la Serna, Eugeni D'Ors, Julio Camba, Antonio Espina o Jorge Guillén, a Camilo José Cela.

Hasta ahora, la obra literaria de Solana constaba de las dos series de *Madrid. Escenas y costumbres* (1913 y 1918), el libro de viajes *La España negra* (1920); *Madrid callejero* (1923), de corte similar a los dos volúmenes primeros; *Dos pueblos de Castilla* (1924), que encabezaban una inacabada serie, *Madrid y sus pueblos* o *Los pueblos de Madrid*, como la llamaba el pintor, quien a la vez proyectaba hacer algo parecido con *París* –cuyos materiales preparó en la capital francesa durante la Guerra Civil-, llegando sólo a escribir tres capítulos: «El barrio judío», «El Museo de las figuras de cera» y «La feria». A estos títulos hay que añadir la novela *Florencio Cornejo*, aparecida en 1926, más algunos otros

artículos o fragmentos publicados en revistas o incluidos en libros de otros autores, como «El ahogado», «Jueves Santo», «Elogio de las capeas», «La feria de Santander», «Un coleccionista» y «Cuatro anécdotas auténticas de café: Un concierto, La miniatura, Un gastrónomo», «El café Candelas».

Sin embargo, tampoco estos textos agotan la totalidad de una obra a la que el autor solía referirse en sus libros. Así, en la solapa de *Madrid callejero*, se anuncian como «próximos a publicarse»: *Remigio [sic] Cornejo, Viajes por España, Cuentos del abuelo, Osario y Las brujas de Ogarrío*; y «en preparación», figura *Los pueblos de Madrid*, que acabará publicándose reducido a *Dos pueblos de Madrid*. De *Osario*, al parecer, no ha quedado rastro.

Solana no fantaseaba. Esos manuscritos existían y algún testimonio queda: por ejemplo, el de José López Rubio –en *La huella del aire*–, que visita al autor poco antes de su muerte y describe el estudio del artista señalando que «debajo de la consola hay dos maletas grandes, que han viajado mucho. Otra maleta al lado, en un rincón...». Y por lo visto siguieron haciéndolo, según nos cuenta Andrés Trapiello:

...el resto de los cuadernos, libretas y cuartillas [...] se fue a una maleta. Y como no hay maleta que no tenga una historia que contar, empezó ésta un largo y sinuoso viaje a través de medio siglo. Con los Solana vivía la hija de Manuel. Murió el pintor en 1945 a la edad de sesenta y un años, murió su hermano y padre de la niña al año siguiente; se deshizo la casa y madre e hija, heredera de buena parte del legado del padre y del tío, conservaron unos cuantos muebles de la casa, algunas obras del pintor y esa maleta en la que no muy ordenados se contenían las obras literarias del pintor [...], el borrador del libro sobre *París* y las cuartillas que trataban se algunos pueblos españoles [...]. En su conjunto, unos cientos de cuartillas y un puñado de cuadernos que la hija de Manuel Solana, doña Emilia, traspasó al Museo Reina Sofía en 1999.

En estos nuevos textos, agrupados y editados ahora por Ramón López Serrano y Andrés Trapiello en *La España negra(II)*¹, es fácil deducir cuáles de ellos pertenecían a alguno de

¹ Granada, La Veleta, 2007.

los proyectos anunciados, como «El Libro de los pueblos de Madrid» –Chinchón, Boadilla del Monte, Villaviciosa de Odón, El Escorial y Navalcarnero–, donde narra el curso de los trabajos y los días (la vendimia de Boadilla, por ejemplo), describe calles, casas, plazas, cafés y casinos, y pinta maravillosamente algunos de los tipos y figuras que animan esos espacios (los pobres, las viejas, los niños, los curas). Asimismo, es posible distinguir qué textos constituirían la tercera entrega dedicada a las escenas y costumbres de Madrid (un velatorio, una boda, los domingos, las peluquerías económicas, el carnaval de Carabanchel, la Semana Santa, las fiestas de San Isidro) o al Madrid callejero, del que rescata las casa de huéspedes, las cuevas, los asilos, los figones, las viviendas de los barrios bajos, los albergues... Al proyectado libro sobre los museos pertenecería la extensa crónica sobre el Museo Arqueológico madrileño, donde la mirada solanesca recorta el tiempo cobijado en la multitud de objetos allí depositados.

Un conjunto aparte lo constituyen las series dedicadas a Arredondo, Ogarrío y Santander, poblaciones de las que Solana apunta espacios, tipos y costumbres, sin descuidar la evocación de los días de infancia y juventud allí vividos; una evocación que a trechos se decanta hacia lo autobiográfico, rescatando el mundo familiar, que incluye amplios retratos de los antepasados (entre ellos, el del tío Florencio Cornejo, protagonista de la novela homónima) y el relato de algunos hechos, como el rito de la confirmación.

De los proyectados «Viajes por España» nos llegan ahora una serie de fragmentos muy desiguales entre sí, pues, junto a breves apuntes y esbozos, encontramos otros relatos más detallados, como los que se sitúan en Talavera de la Reina, Chinchilla, Cuenca, Toledo, Haro, Soria y Segovia. En esta sección resulta llamativo el desafecto del pintor hacia el modernismo arquitectónico barcelonés –«edificios cursis: una casa como una mole, llena de hojarasca y de herrajes oxidados en los balcones»–, y en especial el más emblemático de todos ellos, el templo de la Sagrada Familia, que para él «no tiene ni pies ni cabeza», y cuyo mérito mayor le parece que «es ese de que no se sepa donde está la entrada». Tampoco faltan en el libro series temáticas tan representativas del mundo solanesco como las referidas a los toros, los oficios (libre-